

LA INVENCION DE LA REGION: LAS MEMORIAS DE UN PUEBLO QUE JAMÁS ESTUVO EN VILO Y EL USO DE OTRAS HERRAMIENTAS DE ANÁLISIS -CIENCIA, RECURSOS NATURALES, ARCHIVOS Y MEMORIA HISTÓRICA

*César Augusto Duque Sánchez*⁷⁶

*Appelbaum, Nancy Penny. Dos Plazas y una Nación: Raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH, Universidad de los Andes, CESO, Universidad del Rosario. Traducción al español por María del Carmen Londoño. Primera edición, 2007, 355 págs.*⁷⁷

Esta reseña está dedicada a: William, Héctor Antonio y Carmelina.

Cinco páginas sobre una historia que siempre han buscado en el baúl de sus recuerdos.

«Las regiones son comunidades imaginadas y, como tales, no son necesariamente más “auténticas” que la nación [...]»

(N. Appelbaum 301)

“la controvertida y racializada historia de la Región Cafetera sugiere una nota de precaución: las regiones, como todas las comunidades en Colombia, han sido imaginadas y construidas por medio de procesos cargados de poder que han privilegiado a algunos grupos, a la vez que han subordinado y excluido otros.»

(N. Appelbaum 301)

⁷⁶ Estudiante de pregrado en historia, Universidad del Rosario. Correo electrónico: xfirmex@hotmail.com

⁷⁷ Nota biográfica de la autora: Nancy Appelbaum se desempeña como investigadora y profesora del Departamento de Historia en Binghamton University –State University of New York-. Su interés en la investigación histórica está fuertemente orientado por los problemas del género, la raza y la historia comparada de América Latina. Su interés por la raza y la formación del Estado-Nación observa con énfasis la construcción de la región y los regionalismos como andamiajes que permiten articular o dividir la aceptación del orden nacional. Para lograr su propósito, este marco de investigación pretende cotejar las hipótesis generales sobre los procesos «nacionales» de identidad y desarrollo económico en los escenarios locales, creando con ello un ejercicio inductivo de investigación. En la actualidad, la profesora Appelbaum prepara un trabajo sobre las imágenes regionales contenidas en las cartografías de los geógrafos decimonónicos colombianos.

Es difícil encontrar un libro de historia que sea bueno y ambicioso a la vez. Es decir, que se proponga dar una nueva mirada a múltiples problemas históricos y lo logre. Muchos de los debates que emprenden los libros con tantas ambiciones no son resueltos en las páginas que los constituyen. Este no es el caso del libro *Dos Plazas y una Nación: Raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948*.

Las intenciones de esta reseña son mostrar los debates en los que se involucra el libro y resaltar las herramientas de análisis más innovadoras del mismo.

En el texto, Nancy Appelbaum sostiene un diálogo con los clásicos de la «colonización antioqueña»⁷⁸. Para Appelbaum, la colonización no solo es un proceso de asentamiento; en ella también hay procesos de identificación y demarcación de la diferencia. Si bien la colonización consagró la explotación de los recursos naturales y el monopolio de la tierra, también permitió la configuración de fronteras regionales que constituyeron la geopolítica departamental colombiana que dio como resultado una imagen racializada de cada región. Para reforzar este proceso, las disputas internas por la administración de los recursos naturales locales y la construcción de identidades raciales ayudaron a tejer afinidades políticas partidistas. Con tal sentido y fuerza, el término región sustituyó en la segunda mitad del siglo XIX a los términos patria, nación, provincia, vecindad, etc. como herramientas discursivas de unidad en varias partes del país.

Este texto permite al lector reflexionar sobre la función que desempeña la identidad en los actores sociales involucrados en la disputa por varios recursos naturales. No solo se trata de una disputa por la tierra, el conflicto entre los habitantes de las dos partes de Riosucio y los municipios aledaños al mismo, también gira en torno a la explotación minera y de los recursos forestales como la madera o el agua, recursos que no necesariamente exigen asentamiento.⁷⁹

⁷⁸ Algunos autores «clásicos» que han desarrollado este tema son Luis Eduardo Agudelo Ramírez. *El Gran Caldas: portento del despertar de Antioquia*. (Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1989). Keith H Christie. «Antioqueño Colonization in Western Colombia: A Reappraisal» *Hispanic American Historical Review*, Vol. 58 (mayo, 1978). Luisa Fernanda Giraldo Zuluaga. *La colonización antioqueña y la fundación de Manizales*. (Manizales: Imprenta Departamental, 1983). Catherine Le Grand. *Colonización y protesta campesina en Colombia*. (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1988). Marco Palacios. *El café en Colombia 1850-1970: una historia económica, social y política*. (Bogotá: Ediciones Uniandes, Planeta y El Colegio de México, 2002). James Parsons. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. (Bogotá: Banco de la República y El Áncora, 1997). Alonso Valencia Llano. *Estado soberano del Cauca*. (Bogotá: Banco de la República, 1988).

⁷⁹ Los recursos forestales no son de vital importancia para los habitantes de estas municipalidades, pero han motivado reflexiones de alto impacto para la historiografía regional y nacional que pretende explicar los procesos de colonización decimonónica atados al fenómeno del monopolio de la tierra y la excepcional

Aquí, la identidad de los distintos actores sociales desempeñó una labor central en el fortalecimiento de las demandas de los indígenas sobre la tierra y la exigencia de protección estatal. Appelbaum señala con esto la importancia de contemplar la imagen del «otro» que circula entre los distintos actores vinculados en un conflicto. Una reflexión para nada innovadora. Sin embargo, para Appelbaum la identidad es capaz de configurar la cartografía racial de una nación en el imaginario de sus habitantes. De esa manera, la identidad no solo genera contrastes interregionales, también sirve como herramienta para brindar abrigo a los habitantes de cada región en la adquisición de privilegios estatales.⁸⁰

Debido a estos beneficios, las regiones pueden comprenderse como «comunidades imaginadas» que ilustran las disputas de la memoria para legitimar a los pueblos que cohabitan en un mismo lugar, incluso si son de diversa procedencia. Allí, manipular la historia fue un ejercicio frecuente que permitió unificar el pasado en torno a los intereses del presente. Las narraciones del pasado elaboradas por los indígenas y las élites blancas no tomaron la historia como lo que realmente ocurrió, sino que, en su lugar, la convirtieron en lo que ellos quisieron que hubiera sido.⁸¹

Appelbaum identifica con dificultad, debido a su arduo trabajo de archivo, las actividades políticas y económicas ejercidas por las *poblaciones indígenas*⁸² y negras, las instituciones estatales y las élites locales, nacionales y extranjeras en una disputa por la propiedad de la tierra.

preservación de tierras comunales. Este es el caso del trabajo realizado por Claudia Leal en el artículo «Disputas por tagua y minas: recursos naturales y propiedad territorial en el Pacífico colombiano, 1870-1930» *Revista Colombia de Antropología*, Vol. 44, No. 2, (julio-diciembre, 2008): 409-438.

80 Así, esta primera sección invita inconscientemente al lector a mirar la historia regional como un enfoque útil a la hora de revisar las aproximaciones generales formuladas en otras investigaciones históricas, tomando la minuciosidad del trabajo de archivo local como una parte importante del aparato crítico del historiador que corrige las contradicciones in terminis.

81 Nancy Appelbaum. *Dos Plazas y una Nación: Raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948*. (Bogotá: ICANH, CESO, Universidad del Rosario. Traducción al español por María del Carmen Londoño. Primera edición, 2007): 243-300.

82 Sin duda, este es uno de los términos más problemáticos en el texto de Appelbaum. El grueso de la población que habitaba en Riosucio en las últimas décadas del siglo XIX no comparte las características del indígena. En su lugar, se asemeja más al campesinado indígena de otras regiones colombianas o latinoamericanas de la misma época. Incluso, una buena parte de la bibliografía usada por la autora para caracterizar el dilema de la identidad racial analiza el problema del campesinado indígena en el marcado contraste sostenido entre la urbe y la ruralidad.

El trabajo de fuentes⁸³ que permitió la elaboración de este libro, ilustra al lector muy bien sobre las dificultades que enfrenta el historiador al pretender historiar lo local o lo regional, sobre todo cuando se dirige a los maltratados y olvidados archivos municipales o de distritos. Todo el capítulo 3 del libro, y parte del 4° capítulo, permiten ver entre líneas la gran dificultad que pasa la historiadora al narrar con duda cualquier actividad del campesinado indígena -que rastreó en los archivos municipales- ante las disputas por el dominio de la tierra en las cabeceras municipales aledañas a Riosucio.

En medio de esa bruma documental logra, además, un trabajo innovador con archivos oficiales. El censo de 1874 es tomado como un recipiente de categorías construidas para favorecer los intereses estatales de conteo y administración de la tierra. La división regional, al igual que la numeración cuantificable en categorías poblacionales, están fuertemente marcadas por las actividades científicas que permiten al Estado ejercer poder sobre sus ciudadanos, si así los considera, o sobre todos los habitantes que ocupen su territorio. Estos censos ayudan a consolidar las categorías raciales que antes parecían difusas, de modo que los habitantes de cada región adquieren identidades fijas que los condicionan a formar parte de un pueblo y una raza. En ocasiones, esta regla se rompe. De ese modo, se presentan las identidades móviles en individuos que pertenecen al pueblo de los indios sin poseer las características fenotípicas de los mismos.

Por otra parte, este momento de auge científico es aprovechado por las élites para exigir la separación de Riosucio del departamento de Caldas bajo el argumento que sus habitantes comparten características «étnicas» y laboriosas capaces de consolidar una región aparte con el mismo poder que cualquier otra. Sin embargo, la autonomía administrativa jamás le es concedida a Riosucio, a diferencia de Quindío o Caldas, territorios más prósperos y homogéneos racialmente.

De esa manera, la región se constituye gradualmente como materialidad fronteriza bajo patrones históricos, lo que lleva a la autora a afirmar que «[las regiones] emergieron como parte del proceso de formación del Estado-nación colombiano»⁸⁴

83 La investigación tomó, según Appelbaum, 10 años en los archivos de la Academia Nacional de Historia, el Archivo General de la Nación, el Archivo Central del Cauca, el Archivo del Arzobispado de Popayán, la Biblioteca Nacional, la Fundación Antioqueña de Estudios Sociales y la Hemeroteca de la Universidad de Antioquia. Allí, recogió fuentes pictóricas y escritas que pertenecieron a notarias, juzgados municipales o de circuito, prensa, memorias e, incluso testimonios orales.

84 Appelbaum, 295

El principal debate sostenido por Appelbaum consiste en revalorar el supuesto de que «la topografía montañosa de la Nueva Granada colonial originó regiones autónomas»⁸⁵. El problema más grave de esta interpretación consiste en aseverar que «el regionalismo desarraigado obstaculizó los esfuerzos republicanos por modernizar el Estado e integrar la fragmentada nación, lo que llevó a una violencia endémica y a un Estado débil»⁸⁶

En conclusión, el libro «se aleja del énfasis en la geografía como moldeadora de la historia y se enfoca en cómo la historia dio forma a la geografía»⁸⁷, algo que celebramos parcialmente, pues aun falta reflexionar sobre el brusco abandono de la realidad geográfica como dimensión importante para explicar los fenómenos históricos. Claro, en un texto orientado por el constructivismo social parece que esa labor no es algo digno de lamentar.

85 Appelbaum, 295

86 Appelbaum, 295

87 Appelbaum, 295